

peregrino hubiera podido hacer seis jornadas sin hallar quien le diera un trozo de pan ó una gota de vino.»

Por otro lado tenemos el saqueo de Lyon y al día siguiente su incendio. «El duque Begón, al levantarse, hizo preparar el fuego y disponerlo en sitios adecuados. Jamás ha podido saberse el número de los que perecieron en ese inmenso incendio. El ejército, al alejarse, pudo ver desde el campo derrumbarse las torres y rajarse los muros, y pudo oír los gritos de desesperación de las mujeres y de los niños.» Iguales escenas se reproducen en Verdún y Burdeos, donde «ochenta burgueses, sin contar las mujeres y los niños, son reducidos á carbones.» Ver arder casas y villanos constituía para los feudales una fiesta.

La Iglesia juega en estos poemas un papel débil ó secundario. Clérigos y monjes no son buenos más que para servir de capellanes ó secretarios á los barones, cuyas cartas leen y escriben; para levantar los muertos en los campos de batalla; para curar con emplastos á los heridos y para decir misas para los que se las pagan. En una de las canciones del ciclo *lorrain*, *Hervis de Metz*, un caballero, exclama: «Todos esos monjes gordos, todos esos canónigos, todos esos sacerdotes y todos esos abades deberían ser soldados. ¡Ah, si el rey quisiera entregármelos!» No es extraño que los poetas pinten á los monjes en actitudes desairadas. Uno de los barones de *Garin* hace venir dos monjes á la corte del rey: los ha tomado á sueldo para hacerles prestar un falso juramento, y uno de estos desgraciados está á punto de perecer á manos de un caballero del partido contrario. Los juglares tratan mejor á los arzobispos y obispos, que son grandes señores y forman parte del feudalismo. También en la canción de *Hervis* nos presenta el autor al episcopado como egoísta, avaro, ávido, y negándose á contribuir á los gastos de la defensa del reino. Cuando el rey pide al arzobispo de Reims que le ayude con su dinero á la guerra contra los sarracenos, el prelado declara que no dará un solo céntimo. Entonces uno de los barones exclama: «¡Queremos otra respuesta! En Galia existen veinte mil caballeros cuyos hornos y cuyos molinos retienen los clérigos. ¡Piensen en ello, ó por Cristo vivo que las cosas tomarán otro camino!»

Es curioso que el papa que por entonces regía el mundo figure en último término en estos poemas. Éste se esfuerza en calmar las pasiones feudales, recordando á los barones que su deber primero es reconciliarse para marchar contra los enemigos de la fe; pero no logra su objeto. Este dato está conforme con la verdad histórica; pero en su conjunto las epopeyas guerreras empuñan y debilitan la gran figura del jefe de la cristiandad. Aparece como actor secundario en el séquito del emperador ó del rey de Francia, de los que no parece ser otra cosa que el capellán.

En suma, el espíritu feudal desprecia á los sacerdotes, pacíficos y poltrones; odia á la Iglesia por predicar virtudes contrarias á las suyas, y además los nobles le envidian sus riquezas. Considéranse como despojados de todo lo que se da al clero. «Cuando hoy un hombre probo, dice el poeta de *Hervis*, cae enfermo y se acuesta con la idea de la muerte, no piensa ni en sus hijos, ni en sus sobrinos, ni un sus primos; hace venir á los monjes negros de San Benito y les da todo lo que posee en

tierras, en rentas, en hornos y en molinos; las gentes seculares empobrecen por esto, y el clérigo se hace cada vez más rico.»

Otro carácter de la canción feudal: para ella el rey de Francia, el mismo emperador carolingio, no es sino el primero de los barones, y aun no era el más poderoso ni el más rico, sino un simple distribuidor de beneficios vacantes. Su poder se ve limitado por el consejo de los duques y condes que forman su tribunal. Casi resulta su prisionero y nada puede sin su consentimiento. El gobierno pertenece á la oligarquía de los barones; pero ¡qué gobierno!, una pura anarquía. Los viejos de barba florida no comparten casi nunca sus opiniones con los jóvenes, dados siempre á las extremas violencias. Los partidos enemigos se querellan ante el consejo real, se injurian y se desafían, mientras el rey, incapaz de aplacarles, adopta una actitud lamentable y cómica. En *Garin* un cortesano aconseja al rey Pepino que demande ante su tribunal á Fromont de Burdeos y á todos sus semejantes, para juzgarles y multarles si han cometido alguna fechoría. «He aquí, dice Pepino, una maravillosa sentencia; olvidáis, sin duda, que Fromont no hace más caso de mí que de un *parís*. Si lo demando, no acudirá y me negará siempre que haya recibido de mi mano sus honores.» El propio *Garin*, el más realista y leal de los vasallos, tiene sus ratos de insolencia: «Decid al rey que, si establece alianza con Fromont, comience á ponerse en guarda, porque podremos turbarle sus vigias y causarle grandes perjuicios.» Este rey de Francia es, por lo demás, un triste personaje, libidinoso, sensual y hasta brutal con las mujeres. Habiéndole echado en cara la reina Blancaflor su falta de palabra, «la oyó el rey y tembló de coraje; levanta el guante, lo deja caer sobre la nariz de Blancaflor y hace brotar cuatro gotas de sangre. «Señor, dice la reina, os doy las gracias, podéis doblar vuestro furor: vos sois el dueño y yo vuestra esclava, ¡ay!, para desgracia mía!»

El feudalismo de las edades precedentes, aun cuando haya progresado en este punto sobre las edades antiguas, no tenía muy acentuado el respeto á la mujer (1). En tiempo de Felipe Augusto, á despecho de los hábitos cortesanos que comenzaban á manifestarse en ciertas casas, la mujer es considerada todavía como de esencia inferior por los poetas. Los barones de *Garin* injurian á la propia reina como á la última de las siervas. «¡Silencio, exclama Bernardo de Naisil, loca é impúdica mujer! El rey no estaba en su juicio cuando cargó contigo. ¡Malhaya el que concertó tu matrimonio, que sólo ha de producir vergüenza y deshonor!»

El matrimonio feudal reviste por todas partes los mismos caracteres. La heredera recibe pasivamente de sus padres ó de su soberano el caballero ó el barón que se le destina; no se consultan ni su voluntad ni su razón; la heredera viene á ser algo como una dependencia del señorío, y forma parte del inmueble. Reyes y señores distribuyen á sus fieles, con los feudos, las mujeres que los representan. «El rey Thierry dice al duque *Garin*: «Franco y noble doncel, nunca os amaré bastante, ya que me habéis conservado esta tierra. Antes de morir quiero ponerme al corriente con vos: he aquí

(1) Véase el tomo primero, pág. 441.

á Blanca, mi hija, flor de rostro resplandeciente; yo os la entrego. «La dama sólo contaba ocho años y medio, pero era ya la más hermosa que podía hallarse en el país. «Tomadla, señor *Garin*, y con ella tendréis mi feudo.» En la misma canción, el conde de Dreu se presenta al conde Balduino de Flandes y le pide para Fromont la mano de su hermana, una viuda. «Si el emperador supiese que la tierra de Ponthieu está vacante, daría vuestra hermana al primer mastín de su cocina que le hubiera hecho asar un pavo.—Decís verdad,» responde Balduino; y hace llamar á su hermana, tomándola de la mano, para decirle: «Mi bella y querida hermana, hablemos un poco en secreto: ¿cómo vais?—Muy bien, gracias á Dios.—Pues bien, mañana tendréis un marido.—¿Qué decís, hermano? Acabo de perder á mi señor. Hace apenas un mes que le enterraron. Tengo de él un pequeñuelo que con el tiempo será un ricohombre. Con la gracia de Dios, debo ocuparme en guardarlo y en acrecer su herencia. Y ¿qué dirá el mundo si tomo con tal rapidez nuevo esposo?—Sin embargo, lo haréis, hermana mía. El que os destino es más rico que vuestro primer marido. Es joven y hermoso. Es el valiente Fromont.» El matrimonio de los nobles sigue siendo la unión de dos riquezas y de dos poderes en tierras.

En la descripción de las batallas, torneos y fiestas de caballería, la realidad contemporánea está tomada á lo vivo, y, sin embargo, aparece extrañamente mezclada de fantasía. Mientras en las crónicas sabemos de los ejércitos poco poderosos, de las batallas con orden poco frecuentes y de las escaramuzas y algaradas, pero jamás de los choques de grandes masas, la poesía nos muestra los ejércitos de los reyes y de los grandes varones ahincándose en choques formidables, donde masas de hombres, por centenas de millar, se despedazan. Además quieren los juglares ó trovadores que todo caballero sea un Hércules, quien de un solo golpe de espada hace volar piernas, brazos y cabeza, y parte en dos al enemigo, rajándole el casco, el cuello y el pecho. Atravesados, mutilados, con el cráneo abierto, los heridos vuelven á colocarse sobre su silla y continúan combatiendo como si nada hubiera pasado.

En estas enormes obras casi nada puede ser útil á la historia política. La historia de las instituciones encuentra la misma escena siempre: componendas de caballeros; combates judiciales; procedimientos aplicados á las querellas de los barones; desafíos precediendo al rompimiento de hostilidades; infeudaciones y homenajes. Y sin embargo, no conviene beber en estas fuentes más que con extrema precaución. La historia de hábitos, costumbres y usos naturales puede lograr en ellas abundante cosecha, á condición de no olvidar, sin embargo, que la imaginación del poeta es soberana. El trovador se complace siempre en agrandar y embellecer la realidad. Los palacios de *Girart de Roussillon*, con sus mosaicos ricos, sus escaleras de mármol, sus cámaras tendidas de seda y alfombradas de flores y tapices, sus pilares y bóvedas incrustadas de oro y piedras preciosas, sus muebles de oro macizo, sus salas iluminadas, como en pleno mediodía, por carbunclos, no pertenecen ciertamente á la Francia de Felipe Augusto, sino al país de los cuentos de hadas ó al de *Las mil y una noches*. La canción de gesta, no solamente exalta el feudalismo

á expensas de todo lo que no es él: sabe además, en determinados momentos, arrancarlo de todo lo real con trazos de grandiosidad y de maravilla.

III.—La cortesía. La nobleza y la literatura cortesanas (1)

Si es cierto que en tiempos de Luis VII y de Felipe Augusto la mayoría de los nobles franceses se nos presentan bajo el mismo aspecto que en épocas de la primera cruzada, hay una parte escogida que se deja penetrar de ideas y de sentimientos nuevos. La *cortesía* aparece. La cortesía es el gusto por las cosas del espíritu: el respeto de la mujer y del amor.

La cortesía nació en la Francia del Mediodía. Los trovadores de este país enseñaron á una nobleza ocupada en guerras y pillajes el refinamiento del amor caballeresco y el culto de la mujer. Las epopeyas de la Francia del Norte no reconocían más que tres poderosos móviles de las acciones humanas. El sentimiento religioso con el odio para todo lo que no fuera cristianismo; la lealtad feudal y la abnegación para con los soberanos y los jefes de mesnada, y finalmente, el amor á la batalla y al botín. La poesía lírica de los primeros trovadores cantaba sobre todo la guerra con los acentos salvajes que todavía se encuentran en Bertrán de Born. Al declinar el siglo XII aparece en los poemas del Mediodía el señor cortés, cuyo deseo esencial es complacer á la dama que ha escogido por única inspiradora de sus pensamientos y sus actos. Debe merecer su amor haciéndose ilustre en la guerra ó en la cruzada, y demostrando todas las cualidades y virtudes de nobleza. Este amor *cortés* es incompatible con el matrimonio feudal, negocio de intereses y de política. La mujer escogida es la soberana del caballero que, de rodillas y con las manos juntas entre las suyas, le ha jurado entregarse á ella, protegerla y servirla fielmente hasta la muerte. Ella le da, como símbolo de investidura, un beso y un anillo. Parece que este matrimonio idealizado era con frecuencia bendecido por un sacerdote. La historia demuestra que en las cortes señoriales del Mediodía, por lo menos en las más cultas y letradas, el matrimonio cortés fué practicado de hecho, y que la opinión le era simpática.

La época de Luis VII y de Felipe Augusto se marca especialmente por el desenvolvimiento magnífico de esta poesía lírica de los trovadores, tan interesante por la variedad de sus formas, su inspiración un poco limitada, pero agudísima, y el delicado y sutil análisis de los sentimientos morales. Grande es el contraste entre el heroísmo brutal de la canción de *Garin* y la poesía por todo extremo psicológica de un Bernardo de Ventadour. «Cantar no puede valer mucho, ha dicho este poeta, si el cantar no parte del mismo pecho. Y el cantar no saldrá del corazón si no hay allí profundo amor. No es maravilla que yo cante mejor que todo otro cantor. Porque, según avanza mi corazón en el amor, cuerpo y alma, y saber y sentidos, y fuerza y poder pongo en él. Sinceramente y sin engaño adoro á la mejor, á la

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Gastón París, *Les romans de la Table ronde*, en la «Histoire littéraire de la France,» tomo XXXI, 1888. Jeanroy, *Les origines de la poésie lyrique en France au Moyen âge*, 1889. Wallensköld, *Conon de Béthune*, 1891. Brinkmaier, *Die provenzalischen Troubadours*, 1882.

más bella; su corazón suspira, sus ojos lloran, porque la amo con exceso y la tengo compasión. ¿Qué puedo yo, si amor me sujeta? En tal prisión amor me ha puesto, que no se abrirá con otra llave que con la gracia. Y sin embargo, no encuentro gracia. Cuando la veo, tiemblo de miedo como las hojas con el viento; no tengo sentidos; soy como un niño: hasta tal punto me coge amor. Y de hombre así conquistado puede apiadarse toda mujer.»

Esta poesía encantaba á la corte del conde de Tolosa, Raimundo V, del señor de Montpellier, Guillermo VIII, de la condesa Ermengarda y del vizconde Aimeri en Narbona, del conde de Rodez y de los señores de Baux en la Provenza. No todos los poetas eran hijos de villano, como Bernardo de Ventadour, ó simples juglares de profesión, como Pedro Vidal; eran también nobles castellanos, como Bertrán de Born; altos barones, como Raimbaldo de Orange, ó hijos de reyes, como Alfonso de Aragón y Ricardo de Aquitania. De quinientos trovadores cuyo nombre conocemos, la mitad por lo menos, á lo que parece, pertenecía á la clase noble.

Las costumbres cortesas se extendieron con gran rapidez por la España del Norte y la Italia del Norte, países que con el Langüedoc, la Provenza y la Aquitania no formaban más que una misma patria moral. Poco á poco conquistaron las regiones francesas al Norte del Loira, la Francia propiamente dicha, estancia de los Capetos, la Normandía y las islas inglesas, dominio de los Plantagenet, y finalmente Champaña y Flandes.

Las mismas epopeyas se dejaron infiltrar de la dulzura de los sentimientos nuevos. En los comienzos de una canción belicosa como la de *Girart de Roussillon*, se celebra un matrimonio místico entre Girart y la joven princesa destinada al rey Carlos Martel. El poema de *Guillaume de Dole* reemplaza el relato de batallas por la descripción de cacerías, de torneos, de diversiones cortesanas y coloca en primera línea el amor de un emperador de Alemania por una bella francesa. Las novelas de aventuras del ciclo de *Artur*, ó ciclo de la *Tabla redonda*, suplantán en el favor de los Plantagenet, de los Capetos y de las cortes de Flandes y Champaña, á las canciones del tipo de *Garin*. Cristián de Troyes, bajo Luis VII, y Raül de Houdenc, bajo Felipe Augusto, ponen en moda la epopeya amorosa, donde caballeros escogidos realizan el ideal del valor y de la galantería. En *Tristán et Iseult*, *Erec*, *Cliges*, *Lancelot*, *Ivain*, *Perceval* y *Méraugis*, el héroe busca la mano de una mujer joven con una constancia maravillosa que triunfa de todos los obstáculos. El análisis de sentimientos es con frecuencia tan refinado como en las estancias de los más sutiles trovadores. Los nobles oyentes de estas novelas (tan interminables, por lo demás, como las canciones de gesta) tenían, por consiguiente, el espíritu más agudo y los sentimientos más delicados que sus padres. Comprendían el amor ideal y mostraban interés por los conflictos íntimos del corazón.

La imitación de los trovadores produjo entonces todo un lirismo francés. Los trovadores del Norte aceptan casi todas las formas de la poesía del Mediodía: la canción propiamente dicha, la *tenzón* ó *debate* poético, y finalmente el *jeu parti*, fórmula también de diálogo en verso. Esta literatura facticia en que tantos

contemporáneos de Felipe Augusto sobresalieron, como el castellano de Couci, Audefroí de Arras, Conon de Bethune, Gâce-Brulé, Hugo de Berzé, Hugo de Oisi y Juan de Brienne, reemplazaba á un género lírico más original, más sabroso y salido del propio terruño de la Francia del Norte: los *motets*, *rondeaux*, *lais* y *pastourelles* del siglo XII. Muchos de estos imitadores de la poesía provenzal pertenecen á la nobleza. En esta sociedad señorial que comienza á pulirse y afinarse descubre la historia nuevos elementos.

Antes que todo la mujer, protectora de los literatos y por sí misma letrada, no es ya una excepción en los castillos. Las grandes damas del Norte parecen querer rivalizar con la famosa condesa de Die (Beatriz de Valentinois), la ardiente y apasionada poetisa de la Provenza. La reina Elionor de Aquitania; su hija María de Francia, condesa de Champaña, la inspiradora de Cristián de Troyes; Blanca de Navarra, la madre de Thibaut el Cancionero; Yolanda de Flandes, á quien va dedicada la novela de *Guillaume de Palerne*, atraían y pensionaban á los poetas. En Troyes, en Provins, en Bar se reúnen brillantes cenáculos de damas y caballeros, donde se discuten puntos de galantería y casuística amorosa. Hacia 1220 salió de aquí, redactado en latín por Andrés el Capellán, un código del amor cortés. Los juicios de las *cortes de amor*, de las cuales, hasta lograr una veintena, nos da cuenta, aun cuando no ejercidos nunca sobre hechos reales, no carecen, sin embargo, de una cierta base. Denotan, por lo menos, un singular estado de conciencia por la mezcla que en ellos se encuentra de teorías inmorales y de preceptos propios para dulcificar las costumbres y las relaciones sociales.

Los propios hombres, en las demás regiones feudales, gustan de los placeres de la inteligencia, aprecian los libros y á aquellos los hacen, y se dan á escribir en prosa y en verso. El conde de Flandes, Felipe de Alsacia, Balduino VIII, Balduino IX, el primer emperador latino, forman una dinastía de príncipes letrados. Felipe de Alsacia comunica á Cristián de Troyes un poema anglo-normando, de donde este último hará arrancar su famoso cuento de *Perceval*. Balduino VIII hace traducir al francés por Nicolás de Senlis un hermoso manuscrito latino de su propiedad, la *Chronique de Turpin*. Balduino IX demuestra una particular afición á la historia y los historiadores. Hace compilar extractos de todas las crónicas latinas relativas á Oriente, especie de *corpus* histórico, y lo hace verter en lengua francesa. Rodeado de juglares y juglaresas á quienes paga con esplendidez, cultiva por sí mismo la poesía, y aun la poesía provenzal. En Auvernia, el delfín Roberto I colecciona los libros y se hace una biblioteca, compuesta, sobre todo, de escritos relativos á las sectas heréticas, lo que hizo dudar de su ortodoxia.

Los pequeños señores imitan á los grandes. Uno de los primeros trovadores que introdujo en el Norte la poesía del Mediodía fué un noble cambresiano, Hugo de Oisi. El artesiano Conón de Bethune, en su canto consagrado á la tercera cruzada, mezcla singularmente sus quejas amorosas á los sentimientos religiosos que le llevan á Tierra Santa. Y este cruzado con frecuencia piensa en Dios menos que en su dama: «¡Ay, amor, qué cruelmente habré de despedirme de la que siempre fué la mejor amada y servida! Pueda el buen Dios volverme

á ella con tanta alegría cuanto con dolor la dejo. ¡Ay! ¿qué digo? No la dejo por eso. Si mi cuerpo va á servir al Señor, el corazón permanece entero en su poder. Voy á Siria, suspirando por ella.» La canción de Rolando queda lejos, y el entusiasmo feroz de los barones de la primera cruzada se amortigua.

Los nobles guerreros de los XI y XII siglos dejan á sus capellanes, ó á los monjes que seguían al ejército, el cuidado de contar las hazañas de la caballería cristiana: cuando, por el contrario, los cruzados del tiempo de Felipe Augusto escriben, en buena prosa y en lenguaje breve y pintoresco, el relato de los grandes acontecimientos á los cuales se han mezclado. Un barón de Champaña, el señor Godofredo de Villehardouin; un pequeño caballero de Picardía, Roberto de Clari; un príncipe de Flandes, que llega á ser emperador de Constantinopla, Enrique de Valenciennes, nos hacen el relato de la cuarta cruzada.

En su crónica pintoresca, Lamberto de Ardres nos da á conocer el tipo de un noble francés, de mediano poder, de carácter pacífico, pulido y como dulcificado por un comienzo de cultura literaria. Balduino II, conde de Guines, parece haber satisfecho sus pujos guerreros construyendo castillos. La historia no dice que abandonara su feudo para hacer la peregrinación á Tierra Santa. Habiéndose quedado entre sus fieles y vasallos, les administra buena y recta justicia. El cura de Ardres no le echa en cara más que un amor apasionado por la caza, y costumbres poco regulares «que recordaban las de Júpiter y de Salomón.» Treinta y tres hijos entre naturales y legítimos asistieron á su entierro.

Pero este barón no se ocupaba solamente de sus perros, de sus halcones y de sus concubinas. Como su soberano el conde de Flandes, tenía aficiones intelectuales. Vivía rodeado de clérigos, de sabios y de teólogos á quienes estimaba en mucho y con los cuales no cesaba de discutir. «Los clérigos, dice el cronista, le habían enseñado multitud de cosas que no le eran necesarias, y pasaba su tiempo preguntándoles, haciéndoles hablar y embarazándoles con sus objeciones; plantaba cara á los maestros de artes como á los doctores en teología, de tal modo que sus interlocutores le escuchaban con admiración, exclamando: «¡Qué hombre! No podemos sino colmarle de elogios, puesto que dice cosas maravillosas; pero ¿cómo puede conocer á tal punto la literatura él que no es clérigo ni letrado?» Hace venir á su lado á uno de los grandes eruditos de la región, Landri de Waben; le hace traducir en lengua vulgar el *Cantar de los cantares*, y se hace leer con frecuencia algunos pasajes «para comprender su virtud mística.» Otro letrado, Anfroí, tradujo por orden suya algunos fragmentos del *Evangelio* y la *Vida de San Antonio*. Se le explicaban estos textos, y él los estudiaba. Maese Godofredo vertió para él al francés una obra latina que trataba de física. El gramático latino Solín, autor del *Polyhistor*, especie de enciclopedia rudimentaria, fué traducido y leído en presencia suya por una de las celebridades de Flandes, el clérigo Simón de Boulogne, uno de los autores de la novela *Alexandre*.

El biógrafo de Balduino de Guines se maravilla del número de manuscritos que había reunido el conde en su biblioteca. «Tenía tantos y los conocía tan bien, que habría podido disputar de teología con Agustín, de filo-

sofia con Dionisio el Areopagita, con Thales de Mileto (dice Thales en vez de Aristides, un error del buen cura de Ardres) sobre el arte de recitar cuentos picarescos. Hubiera podido remontarse á los juglares más célebres por su conocimiento de las canciones de gesta y de *fabliaux*. Tenía como bibliotecario á un laico, Harsard de Audrehem, á quien formó por sí mismo.» Finalmente, un clérigo, maese Gualtero Silens, compuso en el castillo de Ardres, á instigación y bajo la propia vigilancia del conde, una obra cuya naturaleza se olvida el cronista de indicarnos. «Este libro tuvo por nombre el *Livre du Silence*, y valió á su autor el reconocimiento del dueño, que le colmó de caballos y de trajes.»

Aunque hiperbólico, tamaño elogio no es indiferente para la historia. Aquí se nos aparece el feudalismo bajo un aspecto nuevo. No debemos concluir de ello que todos los nobles de aquel tiempo se convirtieran en Meceñas. Mientras que los principales, unos por convicción y otros por novedad protegían las letras, se hacían también letrados y manifestaban á la mujer (por lo menos en literatura) un respeto al que no estaba acostumbrada, la turba de los castellanos continuaba no apasionándose más que por la guerra y el pillaje. Gentes de elección y masa insolente y brutal continúan viviendo lado con lado. Pero no deja de ser ya un espectáculo curioso el ver una parte del mundo feudal intentando romper con sus tradiciones de barbarie y haciendo esfuerzos por modificarse.

IV.—Los nobles franceses en Oriente. La cruzada de Constantinopla y la fundación del imperio latino (1)

La cruzada sigue influyendo siempre sobre esta nobleza brutal ó cortés, ignorante ó letrada. Cruzóse en 1202, por las mismas razones principales que habían determinado las grandes expediciones precedentes: convicciones religiosas, afición á viajes y aventuras, esperanzas de ganancia y de fructuosas conquistas, necesidad de hacer penitencia, codicia de las indulgencias prometidas. Pero la cuarta guerra santa tuvo originalidad. Por de pronto (y ya este es un dato de costumbres nuevas) fué decidida el 28 de noviembre de 1199, durante un torneo, en el castillo de Ecri-sur-Aisne, por los barones de Champaña, que eran los más civilizados, según se afirma, entre todos los del país francés. Los de Picardía y Flandes, rivales de los de Champaña por la cortesía, se apresuraron á juntarse á ellos. Los medios empleados fueron igualmente nuevos. En vez de dirigirse á Jerusalén, nuestros barones atacaron el imperio bizantino. En vez de combatir á los musulmanes, rom-

(1) FUENTES.—Villehardouin y Enrique de Valenciennes, edición de Wailly, 1872. Roberto de Clari, edición Riant, 1868, y K. Hopf, en las «Chroniques gréco-romanes,» 1873. Buchon, *Recherches et matériaux pour servir à une histoire de la domination française aux XIII^e, XIV^e et XV^e siècles dans l'empire grec*, 1840.

OBRAS DE CONSULTA.—Streit, *Venedig und die Wendung der vierten Kreuzzugs gegen Constantinopel*, 1877. Riant, *Le changement de direction de la quatrième croisade*, 1878. Tessier, *La diversion sur Zara et Constantinopel*, 1884. Cerone, *Il Papa e i Venetiani nella quarta Crociata*, en el «Archivio veneto,» tomo XXXVI, 1887. W. Norden, *Der vierte Kreuzzug im Rahmen der Beziehungen des Abendlandes zu Byzanz*, 1898. Paparrigopoulo, *Histoire de la civilisation hellénique*, 1899. H. Moeser, *Gottfried von Villehardouin und der Lateinerzug gegen Byzanz*, 1899.